

TRATADO 20

EL CORAZÓN DE DIOS PADRE.

(Predicado el Jueves Santo.)

In me manet et ego in illo.

En mí está, y yo en él.

(*Jn.*, 6, 57.)

1.—¿Cómo herir el corazón de Dios Padre con saeta de amor?

En aquella oración que Cristo nuestro Señor hizo a su Padre el Jueves de la cena en la noche, le dice entre otras palabras (*Jn.*, 17, 6): *Padre, manifesté tu nombre a los hombres, los cuales me diste.* Y entre todas las otras cosas que hizo buenas, y muy buenas, especialmente se esmeró en predicar la honra de su Padre, atribuyéndole a Él *la doctrina* (*Jn.*, 7, 16) que predicaba, los milagros y obras (*Jn.*, 14, 10) que hacía: todo para ejemplo nuestro, que encendía los corazones de los Apóstoles en el amor del Padre invisible, tan altamente alabado por su Hijo.

Y uno de ellos, que fué San Felipe, dijo como en nombre de todos (*Jn.*, 14, 8): *Señor, muéstranos al Padre, y bástanos*; como quien dice: Pues tantas cosas buenas nos ha dicho de Él, querriamos verle, y ni tendríamos más que pedir ni que desear. Tenía, por cierto, mucha razón de desear ver al Padre, pues hace claramente bienaventurados a los que claramente le ven.

¿Mas cómo le verán, si Él no se muestra? ¿Cómo se mostrará, si no le amamos? Pues como dijo Cristo nuestro Señor (*Jn.*, 14, 21): *Si alguno me ama, manifestármele he a Mí mismo.* ¿Y cómo amaremos al Padre, si el Padre primero no nos ama, pues que el amar nosotros a Él es efecto de amar Él a nosotros?

¿Y quién, al contrario, ha de ser amado de una cosa tan alta como es Dios Padre, siendo nosotros tan bajos, que aun acordarse como quiera de nosotros, y darnos el ser de naturaleza, es muy grande merced, y sobre todo nuestro merecimiento? Merced es aquel amor con que nos ama a los hombres y ángeles, con que los levanta sobre toda su naturaleza criada, y los hace *consortes* por gracia y por gloria de la divina naturaleza (2 Petr., 1, 4).

Amar a uno es darle señorío sobre sí mismo; es cautivarse, y encarcelarse y parar en señorío (1) de él. ¿Pues quién no alabará aquel eterno Padre, principio no sólo de los ángeles y hombres, mas de todo lo criado, y aun de las dos Personas, Hijo y Espíritu Santo, del cual—como dice San Pablo—*toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra?* (Eph., 3, 15). Un Padre del cual el Hijo y el Espíritu Santo reciben todo lo que tienen, y Él de ninguno lo recibe, de Sí mismo tiene lo que tiene, y es lo que es; mas ¿quién dirá qué es? (2). Es un Poder infinito que llegó a poder engendrar un Hijo igual y semejable a Sí mismo; es una Bondad tanta, que llegó a dar toda su esencia a su Hijo por vía de generación, y al Espíritu Santo por vía de amor; y finalmente, es un piélagos de infinitas perfecciones, que, por mejor decir, es una infinita perfección, al cual los ángeles reverencian, y las dominaciones adoran, y los poderes tiemblan, y las dos divinas Personas conocen que es su principio, y que aunque haya entre ellos suma igualdad, y más que igualdad, pues es *unidad* en la misma naturaleza, mas con esto está la autoridad del Padre, del cual las dos Personas divinas reciben lo que tienen, y el Padre no de ellas, ni de otro ninguno.

Pues poniendo de una parte esta suma Majestad e infinita alteza, encumbrada sobre nosotros con distancia, infinita, y de otra parte nuestra bajeza, y, lo que peor es, nuestros pensamientos, ¿quién osará esperar, ni aun pensar, que dos tan distantes extremos se pudiesen juntar en uno? ¿Quién de los hombres volará tan alto que alcance esta presa, que vuela sobre *querubines y alas de vientos?* (2 Reg., 22, 11). ¿Quién tan rico que posea a este Señor, y le hiera su corazón con saeta de amor, y lo haga abajar a tratar le-

(1) *En señorío: bajo el dominio.*

(2) *S. Th., 1 p. q. 35; q. 36, a. 1.*

yes de igualdad de amor con criaturas tan desiguales a Él? «Tú eres verdad—decía San Agustín—, y yo mentira y vanidad, etc.» ¿Y cuándo podrán juntarse en uno estos extremos? Y si se juntan, cosa es dignísima de admiración, como el santo Job (7, 17) lo sentía, diciendo: *Señor, ¿qué cosa es el hombre porque lo visitas y pones en él tu corazón?* Y [si] según sentencia del Señor, *donde está el tesoro, allí está el corazón* (Mt., 6, 21), ¿cómo puede ser, que cosa tan pobre como es el hombre, sea *tesoro* de cosa tan rica como es Dios?

Cierto, es aquí menester la fe de Abraham, que no enflaquecido por parte de la criatura, mas confortado en la promesa del Criador, dió gloria a Dios, teniéndole por tan poderoso, que puede hacer todo lo que promete. Mas lo que había allí prometido era que Sara, estéril y vieja, pariría un hijo (*Gen.*, 18, 10). Gran maravilla por cierto; mas muy más es que Dios Padre se dé por amor a una ánima estéril, a un gusano de la tierra, a un pecador e indigno de mirar el cielo y hollar la tierra y de comer un poco de pan. Que ame Dios, y de amor tan entrañable, a su criatura, el hermoso al feo, el rey al vasallo, el todo a la nada, cosa es de mayor maravilla y más bienaventurada de poseer, mas muy ardua de creer; y no pequeñas prendas son necesarias para certificarnos de tan grande honra, tan grande riqueza y tan copiosa bienaventuranza. Porque si de esto nos dan suficientes prendas, ¿qué resta sino perder la vida, si es menester, por alcanzar el corazón de Dios Padre por nuestro, y tenerle herido con saeta de amor? (3).

2.—*Cristo es el corazón del Padre; está patente para que se lo robemos.*

Alabada sea la bondad divinal, que a tanto llega, que nos da el bien que no merecemos, y *exceden sus dádivas a lo que le pedimos*, y aun a lo que deseamos, y aun a lo que entendemos, según dice San Pablo (*Eph.*, 3, 20). Ninguna cosa le parece a Dios ardua en lo que toca a hacer bien a los hombres; y cuanto excede el alteza del cielo a la pequeñez de la tierra,

(3) Sobre este argumento, véase el AUMI, FILIA, capítulo 103.

son ensalzados de hacernos bien sobre la pequeñez de nuestro corazón para osarlo desear y pedir. *En tus pensamientos, Señor, para lo que cumple*—dice David (Ps., 39, 6)—*no hay semejable a Ti.*

Cierto, es así, que el divinal y paternal corazón, conmovido de su entrañable bondad, se quiere poner en los hombres, y tenerlos por *su tesoro*, no para enriquecer Él en ellos, sino para que, juntándose con ellos, los haga tan ricos, que lo posean a Él. Y el medio que para juntarse estos extremos tomó, fué su santísimo Hijo Jesucristo nuestro Señor, según Él mismo lo dice (Jn., 14, 6): *Yo soy camino, verdad y vida; ninguno viene al Padre sino por Mí.* Sepan, pues, todos los que quisieren subir a la alteza del Padre, que la escalera es Jesucristo su Hijo; sepan todos que otro medianero principal no hay, si Él no; porque aunque los Santos lo sean, sonlo por Él, y sonlo porque Él fué medianero para que ellos tuviesen cabida con Dios; y que para todos es medianero, si quieren llegar a Él.

—Mas ¿qué haremos, que también Él es alto y *altísimo*, como la Iglesia lo canta? (4). Y tampoco podemos llegar a su alteza, como a la de su Padre, pues en cuanto Dios tiene una misma alteza, y en cuanto hombre está unido con la misma Persona del Verbo de Dios.

No os iréis por ahí llenos de achaques; días ha que respondió Dios a esas preguntas por boca de Moisés, y después, de San Pablo: *No digas*—dice Dios (Deut., 30, 12)—*¿quién subirá al cielo, y quién descenderá al abismo para traernos este Mandamiento?* Lo cual declara San Pablo diciendo (Rom., 10, 6): *¿Quién subirá al cielo para traernos a Jesucristo? ¿Quién descenderá al abismo para traerlo resucitado? Muy cerca está lo que te es mandado; en tu boca está y en tu corazón.*

Pregúntasme dónde está Cristo, para que me llegue, y por Él suba al Padre; y responderte he, señalando con el dedo como San Juan Bautista, y decirte he tan grande verdad como dice él, y la misma verdad que dijo él (Jn., 1, 29): *He allí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* Allí está, vestido de unos accidentes de pan, y por harto más maravillosa manera que estaba cuando lo señaló San Juan con su dedo.

(4) *Tu solus altissimus.* (Himno *Gloria in excelsis Deo.*)

¡Oh divinal amor del eterno Padre, que puso por puerta para entrar a Él a Jesucristo su Hijo, según El lo dijo (*Jn.*, 10, 9); y la pone tan cerca de los hombres, y tan abierta de par en par, que parece que está convidando a que éstos entren por ella! El corazón del Padre, su Hijo es; quien a su Hijo tiene, el corazón del Padre tiene. Pónelo en aquel relicario descubierta, a que todos lo miren, tan en público como lo veis allí.

¡Oh sapientísimo Padre! ¿No sabe vuestra Majestad que lo que en público se pone, siendo cosa preciosa o hermosa, que hay muchos que lo codicien? ¿No sabéis, Señor, que como vuestro siervo San Gregorio dijo: «El que lleva el tesoro públicamente, con la obra da a entender que desea que se lo roben»? Vos, Señor, ¿no dijisteis (*Prov.*, 4, 23): *Con toda guarda guarda el corazón, porque de él procede la vida?* Y si la vida de nuestro cuerpo procede del corazón, y por eso mandáis que lo pongamos a buen recaudo, ¿por qué no ponéis Vos a mejor recaudo vuestro corazón, pues que de él procede la vida del nuestro, y es fuente de vida, por el cual viven todas las cosas vivas en el cielo y en la tierra? Si fuera dineros, no fuera mucho guardarlos poco, pues valen poco; mas vuestro corazón, Señor, que es la misma riqueza, y que tanto Vos amáis, ¿cómo no teméis que os lo roben, pues tan hermoso y rico es, y tan en público está puesto y tan cerca de nos, que con cuatro o cinco pasos que demos, llegaremos a él y lo tomaremos?

¡Oh invenciones de Sabiduría divina, manifestadora de su encendido amor con los hombres, que por ser tan admirables, ni se deben olvidar ni callar, pues por ellas se dijo (*1 Paralip.*, 16, 8): *Declarad en los pueblos las invenciones de Dios!* ¡Oh deseo, oh sed intensa que tienes, Señor, de que los hombres te roben, te posean y sean bienaventurados por Ti!

El sol alumbrá, calienta y alegra sin que nadie se lo ruegue, sino por su propia naturaleza; y el fuego y todas tus criaturas comunican lo que Tú les diste, sin elección, sino por instinto de naturaleza que Tú les pegaste, haciéndoles participantes en su modo de tu infinita liberalidad. Mas así como son en el ser más bajas que Tú, no tiene que ver su liberalidad con la tuya: ellas, si se dan, no saben lo que hacen; mas Tú, Señor, sabiendo qué haces, y sobre pensado, te comunicas de mejor gana y más copiosamente que

ninguna de tus criaturas. ¡Oh quién entendiése, Señor, tus caminos llenos de hermoso amor! ¡Quién entendiése, cómo en todas las cosas, cuando no concedes y cuando concedes, y cuando haces y no haces, halagas y riñes, el fin que en todo pretendes es nuestra satisfacción y salvación eterna!

Mándasnos, Señor, que cerremos y *guardemos con toda guarda nuestro corazón*, porque no se derrame por las criaturas y pierda a Ti, que eres su vida; mandas que esté vacío de todo amor, como el altar de tus sacrificios, y para que todos sus senos se hinchan (5) de Ti y te posean; y mandándonos Tú esta tan estrecha guarda de nuestro corazón. ¡pones Tú el tuyo en público para que todos te lo puedan robar; y el nuestro no nos lo lleve nadie, y el tuyo te lo tomen todos!

¡Ay del mundo ciego, que por enriquecer, roba a los pobres (6), y por hartarse, beben ciego, andan tras el viento y humo de la vana honra, y aun de estas miserias no pueden alcanzar lo que desean! ¡y viéneselas a la mano el amor y el corazón del Omnipotente Padre, y no curan de él, pudiendo ser bienaventurados con él! Allí está, hombres, allí está el corazón y amor de Dios Padre; ¿por qué hay tan pocos codiciosos de él? Pregonamos que Dios Padre quiere dar su amor; ¿por qué tan tibios para lo recibir?

3.—*Para herir al Padre en el corazón, amar a Cristo y comulgar.*

Y si Dios os hace merced de estimar este don en lo que es razón; si vuestra ánima, con entrañable deseo quiere vivir y ser amada en la oración de Dios Padre, yo os diré las saetas con que lo hiráis, las prisiones con que atéis el corazón invencible, y os enseñaré unos fortísimos bebedizos (7), con que el corazón del Padre se captive de vuestro amor.

Mas ¿quién yo para dar testimonio de amor tan grande? Que aun los ángeles son pequeños para des-

(5) *Hinchan* (de henchir): llenen.

(6) Pide felicidad a las criaturas; cosa tan necia como querer enriquecer robando a un mendigo.

(7) *Bebedizos*: bebida que se decía tener virtud para conciliar el amor de otras personas. Academia.)

cubrir camino que lleva a una mina tan honda y a tesoro tan rico. Dígalo el mismo Hijo de Dios, el que, como dice San Juan (*Jn.*, 1, 8), *está en el seno del Padre*, el cual es Sabiduría que no puede errar; dígalo Él, y oíganlo sus cristianos con entera fe, y ponganlo en obra con mucho cuidado.

Dice el Señor: *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creísteis que salí de Él* (*Jn.*, 16, 27).

He aquí con qué se gana el amor de Dios Padre, con amar y creer en su Hijo bendito. ¿Y qué cosa más fácil, que amar a la misma Bondad? ¿Y qué cosa más debida, que amar a quien de amor murió por mí?

El leproso Naamán vino de su tierra al Profeta Eliseo para que le diese salud, la cual los médicos no le podían dar; y mandóle el Profeta que se fuese a lavar al río Jordán siete veces, prometiéndole salud si aquello hacía; y él, de enojado, no lo quiso hacer; y perdiendo el trabajo que había pasado, volvió a su carro, y tornábase a su tierra. Mas sus criados, que miraron el negocio más sin pasión, diéronle buen consejo: *Padre, si el Profeta te mandara otra cosa dificultosa, fuera razón que la hicieras* para alcanzar salud de un mal incurable; *cuanto más que no te dijo sino una cosa muy fácil: Desciende al Jordán, y lávate, y cobrarás la salud deseada* (4 Reg., 5, 13).

Alabada sea, Señor, tu bondad, que con la grande gana que tienes de darte, pides tan poco por Ti; poco trabajo, cosa muy fácil, amar a tu Hijo bendito.

Cristiano, ¿no ves que tienes tantas razones para lo amar, que no debías preguntar: «Cómo querré bien a Jesucristo», sino: «Cómo lo dejaré de querer»? Si algún exceso hubiese, en su amor había de ser, y decir: «¿Qué haré, que me veo tan aficionado a Él, que antes es menester freno que espuelas?»

Amar a Jesucristo y quererlo, esto es lo que cuesta el ser amado del Padre. Y si quieres oírlo en menos palabras, el que bien comulga y se tiene por suyo, éste ha vencido, éste ha herido el corazón del Omnipotente Dios Padre. Cuando amas a Cristo, y por su amor te pesa de los pecados que has hecho, entonces mueres a ti y estás hecho hábil para ser comido; porque vivo, si primero no muere, ¿quién le comerá? Y cuando con este amor, y con la fe católica, confiado en la Pasión del Señor, te llegas al altar y recibes aquel Señor que allí está, entonces Él, como más fuer-

te, según está dicho, te come a ti y te transforma en Sí. Y con este engrudo de fe y amor, quedas unido con Él, y hecho miembro vivo de Él, y descienden sobre ti los rayos del divino amor paternal, y te recibe por hijo, y te honra y enriquece como a tal.

4.—*Cristo muere por granjearnos el amor del Padre.*

Jesucristo nuestro Señor es Hijo natural de Dios Padre, es el solo amado de Él, es el solo heredero, es aquel a quien, como dice San Pablo (*Gal.*, 3, 16), *le prometió la herencia del cielo, como a simiente de Abraham.* No hay, fuera de Jesucristo, bien ninguno de aquéstos; y en Él, [hay] éstos y otros muchos. Quien se quisiere llegar a Él, quien bien, lo recibiere, éste goza de las influencias y riquezas que Dios Padre puso en Él.

¡Cosa mucha, cosa no oída, que el Hijo unigénito del Padre ande Él mismo buscando y trayendo a sus propios esclavos, para que el Padre de Él los tome por hijos adoptivos y agradables y tratados a semejanza de Él! Suelen los hijos de acá no querer por compañeros hijos adoptivos; ni quiere nadie adoptar sino a quien le falta hijo legítimo. Mas el altísimo Padre, *que es rico en misericordia*, teniendo sumo contentamiento de su Hijo legítimo Jesucristo nuestro Señor, quiso dar a los indignos esclavos parte en los bienes que dió a su Unigénito Hijo, haciéndolos hijos amados agradables y herederos; y por darles estos bienes *no perdonó a su Hijo, mas entrególo a la muerte por todos* (*Rom.*, 8, 32).

Dinos, Señor, por tu misericordia, dinos Tú, que ahí estás callando: ¿Te pesó a Ti de esta liberalidad que tu Eterno Padre hizo, tomando a los hombres por hijos, y dándotelos a Ti por hermanos, como acostumbraban hacer los malos hermanos? ¡Oh amor nunca oído! ¡Oh Corazón sin igual, más herido con nuestro amor, que con la lanzada que le dió Longinos!; que estuviste tan lejos de pesarte de esto, que todos tus deseos, obras y palabras se emplearon en ello; y con grande instancia, y profundos gemidos y derramamiento de lágrimas (*Hebr.*, 5), suplicaste Tú a tu Padre que así lo hiciese; y fué tanto el gusto que tomaste en tener hermanos y compañeros en tus bienes y en tu herencia, que no dudaste de, con precio de tu pro-

pia Sangre y tu preciosísima vida, rescatar los que eran esclavos, y comprar de tu Padre que los amase y tomase por hijos.

«Murió el Unico—dice San Agustín—por no quedar [solo]» (8). No te sabía bien, Señor, el gozar de tu bien a solas, si no viniesen los pobres a comer contigo, y fuesen amados del celestial Padre. Cuán dulce cosa, Señor, es de pensar, que desde que fuiste concebido en el virginal vientre de nuestra Señora, tomaste por empresa—y perdiste sobre ello la vida—de que, como el Padre te amaba a Ti, amase también a los tuyos. Y como Rut (3, 9) rogaba a Booz que extendiese su ropa sobre ella, así rogabas Tú a tu eterno Padre que el amor con que te amaba y cobijaba no te calentase ni parase en Ti sólo, mas pasase a los tuyos haciéndolos participantes del corazón y amor paternal. Voz tuya fué, Señor; oración tuya fué con que oraste al Padre; en esta noche del Jueves Santo, un poco antes que fueses al huerto a ser preso por nosotros, muy más preso Tú de nuestro amor, dijiste al Padre (*Jn.*, 17, 26): *El amor con que me amaste, esté en ellos, y Yo en ellos.* ¡Oh cosa admirable! ¡Oh empresa digna de tal Hijo! ¡Oh verdadero medianero y reconciliador, lazo de amor entre el Padre y nosotros! *Yo en ellos*, dices, Señor. ¿Quién son estos *ellos*, sino aquellos que bien te reciben con el cuerpo y con el ánimo? *Yo en ellos*, como está la cabeza en sus miembros; *y el amor con que me amaste esté en ellos*. Y si queréis saber por qué, porque Cristo está en ellos, como en la misma oración lo había declarado, diciendo (*Jn.*, 17, 23): *Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfeccionados, y conozca el mundo que me enviaste, y los amaste a ellos como me amaste a Mí.* El amor del Padre está en Cristo, y Cristo está en los hombres; de manera que en Cristo se juntan Dios Padre y los hombres.

¡Oh dichosa comunión con Cristo! ¡Oh dichoso el trabajo que se pasa por bien comulgar! ¡Oh sustantífico bocado, con el cual confortado, *es levantado el poder del polvo, y el menesteroso del estércol* (1 *Reg.*, 2, 8), y subido hasta la alteza del amoroso corazón paternal, y allí mora como en casa, allí se asienta como en silla y, en fin, como amado, en el corazón de su

(8) [Solo]; el autor traduce *uno*; latinismo que en castellano no expresa el pensamiento de San Agustín.

verdadero Amador! ¡Alábelte, Señor, tus misericordias, tus maravillas que haces en favor de los hombres! (Ps., 106, 8), pues que los levantas a que se junten con tu Hijo, para que los tomes por hijos en Él.

5.—Sólo en Cristo nos ama el Padre.

Mas es de mirar que [Dios] no toma a nadie por hijo, para que él goce de este nombre como hombre que está apartado por sí, ni que su voz suene en las orejas de Dios, como de persona propia que suena por sí, y vale por sí y *estriba* en sí. Si un hijo adoptivo de Dios pidiera algo a Dios, y no alegare a Jesucristo sino que es *fulano*, hijo adoptivo de Dios, o que tiene su gracia de presente, y derecho para la herencia del cielo, este tal, si otra cosa no alega, ni será oído, ni su nombre conocido; y resolutamente la responderán: «No os conozco» ni acepto vuestra oración, ni acepto vuestras buenas obras, ni me parecéis bien, aunque seáis un San Pedro, ni un San Pablo, ni aunque seáis la Virgen María!

Los amorosos ojos de Dios, según hemos dicho, la adopción de hijos, la gracia y dones del Espíritu Santo, en sólo Jesucristo están, y a Él sólo se han dado como a fuente; y aquel sólo gozarán de ellos, que se incorporare en Jesucristo, y fuere cosa de Él, no como quiera, sino como miembros o cuerpo, que con su cabeza hacen una *persona mística*, cual es Cristo y la Iglesia. Quien está en Cristo como miembro vivo, hijo es agradable, es heredero, no como cosa apartada de Cristo, sino como cosa de Él, y, según se ha dicho, que se llama Él.

Y esto no lo tome nadie por caso de menos valer, sino de más valer, y por una merced muy particular. Porque así como si la santísima ánima de Cristo nuestro Señor fuera dejada en sí misma para tener propia persona que *estribase* en sí, aunque tuviera toda la gracia y dones de Dios que ahora tiene, no fuera tan alta con tener propia persona, como lo es con carecer de ella y ser *personada* (9) en el Verbo de Dios, en el

(9) *Personada en el Verbo*: estar personalmente unida con el Verbo, tener la personalidad de El y en El.

cual está arrimada, y con el cual está unida con unión de honra inefable; así acá ser hijo de Dios adoptivo, ¡gran dignidad!; tener su gracia, ¡cosa dichosa!; más ser cuerpo de Cristo, y estar unido con Él con tal unión que se llamen una persona y se llamen un Cristo, esta dignidad es cosa admirable; y este no estar el hombre arrimado a sí, ni tener nombre propio, ni sonar como tal, es grande ganancia y grande riqueza; porque, en lugar de ello, es levantado el hombre a ser miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor, y a ser llamado por nombre de Él; y por ser cosa de Cristo, es mirado del Padre con amorosos ojos, y tiene cuidado como de cosa tan conjunta a su Hijo.

Y para certificarnos de aquesta verdad, dijo el mismo Señor (*Jn.*, 15, 1, 2): *Yo soy vid verdadera, y mi Padre es el labrador; y a todo sarmiento que no llevara fruto en Mí, cortarlo ha; y a todo aquel que llevara fruto en Mí, limpiarlo ha para que lleve más fruto.*

¿Quién llamará tales mercedes? ¿Quién agradecerá tales beneficios? ¿Quién será tan sabio, que conozca el precio que vale tener Dios tal cuidado de un hombre incorporado en su Hijo como un sarmiento en una vid, para limpiarlo, corregirlo, abrigarlo, a semejanza de lo que hace un podador con la vid?

¡Oh celestial Padre! Que el hombre tiene cargo de la vid, [mas] ni puede llover sobre ella, ni traerle el sol ni el aire cuando es menester, ni dar virtud a los sarmientos para que produzcan hijos y fruto! Mas ¡dichoso de aquel de quien tuvieres cuidado!; y tiénese del chico y del grande, que, por bien comulgar, fuere transformado en el Cuerpo de tu Hijo; que muy bien lo sabrás podar, quitándole las cosas que fueren dañosas; muy bien lo sabrás limpiar, quitándole la escoria de sus pecados y faltas; y lloverás sobre él la lluvia fructífera de la gracia, que es tuya; calentarlo has con tus rayos; alumbrarlo has con tu sabiduría, y harás que dé fruto, y fruto de vida eterna y agradable a Ti, y meritorio para él.

¿Qué hacéis, hombres, los que andáis buscando, en precio de mucho dinero, quien fielmente, muy sabiamente solicite vuestros negocios? ¿Podréis, por ventura, hallar—como dijo el Rey Faraón (*Gen.*, 41, 38)—*otro hombre tan industrioso como José*, que supo desatar el sueño, y remediar con su prudencia la hambre de Egipto, y enriquecer a su Rey? A tal hombre—dice

Faraón—encomendémosle nuestros negocios. Cristianos, ¿quién hará mejor vuestros negocios, Dios Padre, o vosotros, o los que eligiéredes o adquiriéredes con vuestros dineros? Juntaos con Jesucristo nuestro Señor; aparejaos para bien comulgar; y recibéndolo a Él, y juntos con Él, os recibirá su Padre por hijos, y se encargará de vuestros negocios, como de miembros vivos de quien tanto ama, y os regalará, cuidará y os llegará tanto bien, que seáis semejables al Unigénito suyo, de manera que sean hechos semejables Cristo y su cuerpo.

6.—*La predestinación de Cristo.—La nuestra.*

Hombre, ¿por qué no dices: «De dónde a mí tanto bien, que me siente al convite de Dios, y que su Hijo sea mi manjar, y su Padre me sea mi padre, y tenga cuidado de mí, a semejanza del que tiene de su Hijo»?

Está Mifiboset asaz ofendido, cojo, y con temor de que el rey David no le hiciese mal, por ser nieto del rey Saúl, gran perseguidor de David, sin hallar en él culpa. Mas otros pensamientos andaban en el corazón de David, llenos de paz para con Mifiboset; al cual no le dañó ser nieto del mal abuelo y enemigo capital de David; y aprovechó mucho, y el todo, ser hijo de Jonatás su padre, tan grande o más amigo de David, que Saúl enemigo. Mandóle llamar David, y consolándolo con dulces y amorosas palabras, le dice: «No temas, Mifiboset, porque haciendo haré misericordia (10) contigo por amor de Jonatás tu padre; y yo te restituiré todas las heredades de tu abuelo Saúl; y tú comerás siempre pan en mi mesa. Y así se cumplió; que comió Mifiboset a la mesa del rey David —dice la Escritura (2 Reg., 9, 7-11)—como comían los hijos del rey.» ¡Dichoso hombre, por tener padre tan bueno y tan amado de David, que había hecho concierto, muchos años había, que cuando viniese David a reinar, amase e hiciese bien a la generación de Jonatás, su verdadero y fiel amigo (1 Reg., 20, 14, 16).

David representa a Dios Padre, Jonatás a Jesucris-

(10) *Haciendo, haré misericordia*: hebraísmo que significa firmeza en la aseveración.

to nuestro Señor; entre los cuales, en aquel secreto de la eterna predestinación, aun antes que el Hijo de Dios encarnase, fué hecho concierto que, por amor de nuestro Señor Jesucristo, fuesen amados y recibidos por hijos, hechos agradables y amigos los que fuesen hechos hijos espirituales de Él, hermanos, cuerpo y esposa; de lo cual da testimonio San Pablo diciendo (*Efes.*, 1, 3-7): *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en toda bendición espiritual en las cosas celestiales en Cristo, como nos escogió en Él antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mácula en el acatamiento de Él en caridad; el cual nos predestinó en adopción de hijos para con Él por Jesucristo, según el propósito de su voluntad, en alabanza de la gloria de su gracia, en la cual nos hizo agradables en su amado Hijo, en el cual tenemos redención y perdón de pecados por la Sangre de Él.*

De manera que lo que en otra parte (*Rom.*, 1, 4) dice, que Jesucristo nuestro Señor *fué predestinado*, según la humanidad, *a ser Hijo de Dios natural*, se ha de entender de Él a solas; mas su cuerpo místico y sus fieles, *por adopción*; ellos por amor de Él, no Él por ellos; así como no fué criado Adán por causa de Eva, sino ella por fin de él.

Bodas hizo Dios Padre a su Hijo en tiempo cuando se hizo hombre; mas en su eternidad ordenó esta encarnación, obra admirable suya. Y para hacer fiesta a su Hijo, predestinó convidados, los cuales también les dió por esposa. Y así como la primera operación *en orden* (aunque no *en tiempo*), que el Padre tuvo en su eternidad, fué engendrar a su Hijo igual a Él, así la primera y principal obra de las que *en tiempo* se habían de hacer ordenó en su mente divina que, el que por este nacimiento eterno fué Dios, fuese otra vez engendrado de Santa María Virgen, y naciese de ella verdadero Dios y Hombre, para que de dos naturalezas resultase una sola Persona; y *a éste hizo heredero de todas las cosas* (*Hebr.*, 1), y como Él dijo (*Jn.*, 13, 3), *todas se las puso en las manos*, y le dió señorío de todas las del cielo y de la tierra.

Y porque le pareció bien que este Hombre Dios, como otro Adán, no quedase sólo, dióle criados, dióle miembros, dióle esposa que fuese *carne de su carne y hueso de todos sus huesos* (*Gen.*, 2, 23). Y Él es la raíz del amor de entre el Padre y ellos. Porque no es

cosa digna que valiendo Él más que todos ellos juntos, y siendo Señor de ellos, fuese Él predestinado por ellos, y no ellos por Él: *Los que conoció y predestinó*—como lo dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29)—*fueron predestinados a ser conformes a la imagen de su Hijo.*

Y San Agustín dice «que Cristo es dechado clarísimo de nuestra predestinación». Y si Él es *la forma* de nuestra predestinación, necesariamente hemos de entender que su predestinación fué primero, y la principalmente pretendida de Dios, y la de los escogidos secundariamente, conforme al dechado de Él. A Cristo deben los predestinados el ser amados y predestinados. Y si Él saliese de en medio, que es el Hijo natural, ninguno habría adoptivo, ni amado, ni agradable, ni heredero del cielo. Por Él nos vinieron aquestos bienes, y en Él los poseemos; porque estando unidos con Él. nos son dados, no como a cosas distintas, sino como a Él; como son los hombres recibidos *en consorcio de la divina naturaleza* (2 *Petr.*, 1, 4), y como el Padre ama los miembros de su unigénito Hijo, ámalos en gran manera, porque ama sobre toda manera a Jesucristo, Cabeza de ellos.

Ni estorba a este amor el ser los hombres nietos del Adán pecador, desobediente, ingrato, y que dió males por bienes a su verdadero Dios, como Saúl a David; porque el estar en medio Jonatás, que es Jesucristo nuestro Señor, fué cosa más poderosa para que ellos fuesen amados, que la traición y desgracia de Adán para ser aborrecidos.

Este es el Señor, por el cual el Padre nos mira con agraciados ojos, por venos hechos miembros de Aquel de quien el Padre mismo dió testimonio diciendo (*Mt.*, 17, 5): *Este es mi Hijo muy amado, en el cual Yo me he agradado.*

Y así como la desgracia de Adán se extendió a los que venían de él, así mucho más el amor y agradamiento que Dios Padre tiene en su Hijo es cosa universal y general para todos, chicos y grandes, que se quisieren juntar e incorporar en el mismo Hijo.

7.—*Incorporados en Cristo por la Comunión.*

¡Maravillosa cosa! que come al Señor el pobre, y el siervo y el bajo; y por juntarse con Él, suben a tanta dignidad, que participan de ser amados y mirados del

celestial Padre con tales ojos, que sean todos ellos llamados por nombre de *Cristo*. *Todos los que habéis sido bautizados*—dice San Pablo (*Gal.*, 3, 27-28)—*vestido os habéis a Jesucristo. Ya no hay siervo, ni libre; ni judío, ni griego; no varón, ni mujer; mas Cristo nuestro Señor es todas las cosas en todos.*

Esto se hace en el bautismo espiritualmente; mas hácese por virtud de aquel Señor que allí está, debajo de especies de pan; y aquello se llama comerlo espiritualmente, y en el altar corporalmente y sacramentalmente, para ir bien hecho. Y la unión que se hace en el bautismo invisiblemente, aquí en el altar se representa visiblemente; porque comiendo a Cristo, somos comidos de Él, unidos con Él como miembros con la cabeza.

Y también el que se bautiza o recibe cualquier Sacramento (dejado el postrero, que es el de la Extremaunción), no ha de parar allí, mas recibir sacramentalmente el Cuerpo de nuestro Señor, como el fin y consumación de los otros Sacramentos. Y aunque en los otros Sacramentos se represente algún efecto particular de gracia, como es *renacer* por el santísimo bautismo, *ser perdonados* por la absolución sacramental, y así en los demás; mas en este dignísimo Sacramento, donde reside el mismo Señor, fuente de todas las gracias, es significado el fin de toda la Ley, y la perfección de todas las obras, que es *la unión del amor* (11); y que estos bienes, que en los otros Sacramentos se dan, aunque se dan por Cristo, se dan por vía de estar unidos con Cristo.

Y pues habéis visto que en Él, como en fuente, están todos los bienes, y en Él el amor y corazón del eterno Padre, *corramos los sedientos a las aguas* (*Is.*, 55, 1), los pobres al rico, los descaminados a nuestro camino, los extranjeros a la casa de nuestro refugio. Aunque mucho nos cueste comer con limpieza de conciencia este santo bocado, sufrámoslo todo, pasémoslo todo; pues comiendo bien este celestial *Pan que del cielo vino*, Jesucristo nuestro Señor, nos convertiremos en Él; y por Él poseeremos por nuestro el corazón de su Eterno Padre; el cual no se contentará con coronar con corona de honra a su unigénito Hijo, mas hará que desde Él, que es Cabeza nuestra, des-

cienda la honra y gloria a sus miembros, que somos nosotros, y desde el cuello hasta la uña del más chico dedo, nos hermosea, nos cura, nos viste y nos mira como a cosa conjuntísima con su unigénito Hijo.

Bástenos, pues, tener a tal Padre por padre, aquí por gracia, y después (como San Felipe pidió), viéndolo en la majestad de su gloria.

TRATADO 21

UNA PERSONA MÍSTICA CON CRISTO.

Sicut misit me vivens Pater.

Así como me envió mi Padre que vive.

(Jn., 6.)

1.—Unión inefable.

Tiene esto la inmensidad de Dios y la grandeza de sus obras, que mientras más un hombre conoce de Él y de ellas, tanto más le parece que es poco lo que ha conocido, y mucho el camino que le queda de andar.

A un filósofo preguntaron que dijese qué cosa era Dios (1). Y porque responder de ligero a una duda mediana parece atrevimiento y señal de liviandad, pidió término para responder a una cuestión tan grave, en la cual aun decir verdad es cosa peligrosa, como San Hilario dice. Pasado aquel término, le pidieron respuesta de quién era Dios, y dijo que aun no lo había alcanzado, que le diesen más término. Diéronle otro, y después otros; al cabo de los cuales dijo que no había menester más términos, ni quería más rastrear cosa tan alta, porque mientras más trabajaba por la alcanzar, tanto menos sabía de ella; y mientras más a ella se acercaba, más era rechazado, como los ojos de un hombre que más se acercase a mirar al sol.

El Profeta Ezequiel (47, 3-5) dice que entró en un río por mandado de un ángel, al principio del cual había muy poca agua, que no le daba más que *al tobillo*; y entrando más adentro, *le daba a las rodillas*, y más adentro *a los lomos*, y pasando adelante *no hallaba do hacer pie*. La Sabiduría divina y las

(1) Cicerón, *De natura deorum*.

obras que de ella proceden es *el agua de este río profundo*, que mientras más adelante el hombre se acerca a ella, mayores cosas y más difíciles halla, en las cuales su entendimiento se agota, sin poderlas comprender ni atinar.

Así me parece que nos ha acaecido acerca de los misterios de este profundísimo, altísimo y divinísimo Sacramento del Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor, tratando de este nombre *Sinaxis*, que quiere decir *Comunión*, que con mucha razón le es atribuido (2). *Comunión* hay, entre Cristo y quien le recibe, de Señor a siervo; *comunión* hay de Hermano a hermano; *comunión* hay de Padre a hijo; *comunión* de Esposo a esposa; y aunque éstas van creciendo de menor en mayor, como el río de Ezequiel, mas, en fin, con el favor del Señor, se halla algún pie para hablar de ellas, aunque no con la dignidad que ellas merecen. Mas en la unión entre Cristo y los suyos, de que os hemos de hablar; en la buena dicha, en la grande honra que al hombre resulta de juntarse con Jesucristo nuestro Señor, la lengua enmudece y el sentido, y los ángeles del cielo tendrán harto que hacer en hablar de aqueste Misterio, y nosotros mucho más en bien entenderlo.

No se contentó la divina Bondad con querer que nos juntásemos con Jesucristo nuestro Señor con los títulos dichos; mas ordenó otra mayor y más admirable unión, allende la cual no hay que subir (3), la cual se llama unión de cabeza con miembros, que hacen *una persona*.

2.—*El nuevo Adán.*

Quiso la divina Sabiduría que por el medio que nos perdimos, por aquel nos cobrásemos; y que el soberbio Senaquerib, que es el demonio, se tornase *por el camino que vino, con un freno en la boca* (Is., 37, 29). sacando Dios bien de sus males, y destruyéndolo por el mismo camino que él destruyó a Adán. El cual, aunque en sí era un hombre particular, mas dióle Dios tal superioridad y tal privilegio, que le hizo cabeza

(2) Magist. in 4, d. 8, sess. 5, p. 3. Damasc. de fide ortod. c. 41.

(3) *No hay que subir*: no se puede subir más.

de todos los hombres, no sólo para que recibiesen de él el ser natural, mas también para que heredasen de él la gracia del Señor y la justicia original, y muchos bienes que procedían de aquestas dos cosas. Usó mal de lo que Dios le había dado, y quedó perdido para él y para los que de él vinieron; y no sólo los dejó sujetos a muchos trabajos, mas *quedaron todos pecadores* (*Rom.*, 5) participantes en pecado de él, y por consiguiente feos y manchados, viles y abominables a Dios, y desterrados del paraíso de la tierra y del paraíso del cielo.

Hace una cabeza alguna cosa mala, así como blasfemar con la lengua, y por lo que ella hizo, encarcelan a todo el hombre, y échanle hierros en los pies, y por ventura le dan azotes en las espaldas; porque la unidad de la cabeza y cuerpo hace esto, que el pecado de la cabeza sea pecado del hombre, y que el castigo que se le da no sea injusto. Pecó nuestra cabeza, que era Adán; éramos nosotros miembros suyos, y como tales fuimos culpados con culpa original, y castigados con graves castigos.

Sucede a esto que, como seamos pecadores y mal inclinados, obramos conforme a quien somos y a nuestro apetito, y cometemos pecados actuales, como frutos de la raíz del pecado original. Y si por lo que Adán hizo, el demonio tomó señorío sobre nosotros, tómalo mucho mayor por los pecados que nosotros hacemos; e instigándonos él al mal, y procurando de hacernos semejables a él, venimos a recibir sus malas persuasiones, y a tanta desventura, que él sea nuestra cabeza y nosotros su cuerpo místico. Y si Adán, nuestra propia cabeza, nos dió su culpa y su nombre, porque nos hizo pecadores, y que nos llamásemos *terrenos* como él, el demonio también nos dió de su ponzoña, haciéndonos pecar actualmente, y también nos dió su nombre. Porque el cuerpo de los malos, y cada uno de ellos, se llama diablo, como parece por Judas, por el cual dijo el Señor (*Jn.*, 6): *Uno de vosotros es diablo*. Y por consiguiente, hablando del demonio, le llamó el Señor (*Mt.*, 13) *el hombre enemigo*. Porque el demonio y los suyos son un cuerpo y una persona mística, y se comunican los nombres de él a ellos y de ellos a él. ¡Miserable género humano debajo de tales cabezas, que les causan abominable deshonra y gravísimo daño!

Moviéronse las entrañas de Dios viendo tanta mise-

ria, y acordó de dar, en lugar de estas dos pestilenciales cabezas [Adán y el demonio], una cabeza sana, llena de gracias, de gran dignidad, debajo del amparo de la cual fuesen acogidos los hombres, y por juntarse con ella, recobrasen con mucha ventaja, así de honra como de provecho, lo que por las dos primeras habían perdido. Esta cabeza es Jesucristo, cuya dignidad llega a ser Dios, aunque el ser cabeza de los hombres es en cuanto hombre, y cuyas riquezas son sin medida, e investigables, como dice San Pablo (*Eph.*, 3). A ésta vayan los despreciados y perdidos, y hallarán remedio en Él para todos sus males; y fuera de Él nadie piense librarse del pecado que heredó, ni de los demás que Él ha hecho, ni piense poder alcanzar la gracia de Dios, ni obrar cosas que le sean agradables, ni recobrar la herencia del cielo perdida. Ni quiso Dios librar a nadie del agua del gran diluvio, sino a quien se acogiese al arca de Noé (*Gen.*, 17); ni se libraron de las piedras y granizo los animales de los gitanos que se quedaron fuera en el campo, sino los que creyeron a la palabra de Dios, y los recogieron dentro en sus casas (*Ex.*, 9). No hay Dios fuera de nuestro Dios; no hay salud sino en la sacra Humanidad de Jesucristo. Y quien allí no huyere, y se incorporare con Ella, siendo miembro suyo de aquella Cabeza, no vivirá, y la ira y castigo de Dios serán ejercitados en él. No hay perdón de pecados, no gracia de Dios, no merecimiento de la vida eterna, ni entrada allí sino por Jesucristo, y en Jesucristo nuestro Señor.

Y es de notar, que lo primero sin lo postrero no basta; porque no quiso Dios dar a los hombres perdón ni su gracia, como a gente que hiciese cabeza por sí, aunque se les diese por los merecimientos de Jesucristo; mas quiso que aquel bien que les dió por Él, estuviese colgado y conservado, por estar arrimado al mismo Señor.

3.—Cristo es nuestra cabeza.

Esta Cabeza es Jesucristo nuestro Señor en cuanto hombre: el cual, aunque tuvo a Adán por cabeza en lo que toca a recibir carne de él; mas no lo tuvo por cabeza en lo que toca a los bienes o males del ánima. Porque como no vino de él por la vía ordinaria de ayuntamiento de hombre y mujer, no pasó

en Él la culpa de Adán, ni pasara en Él el bien que tuviera aunque no pecara. No recibe este Dios-Hombre bien ninguno de hombres ni de ángeles; mas Él es cabeza de unos y de otros. Y *la cabeza de Cristo Dios es*, según dice San Pablo (1 Cor., 11). Que quiere decir, que Él, en cuanto Dios, es cabeza suya en cuanto Hombre; porque del Verbo divino, como de mayor a menor, redundaron a la sacra Humanidad suya todos los bienes que ella tiene.

Como es tan sublimada en el Verbo, por ser unida personalmente con Él, es más alta que todos los hombres y que todos los ángeles (*Hebr.*, 1), y es constituida por Cabeza de todos ellos. Y así le conviene la primera condición para ser cabeza, que es ser *más alta* que todo el cuerpo.

Conviénele también la segunda, que es *influir* sentido y movimiento en el cuerpo; pues de Él viene a todos los hombres que en el mundo hay, y hubo y habrá justos, toda la gracia y favores para ella, toda la gloria que tienen y han de tener.

También es condición de la cabeza que está puesta en el *primer lugar* de todo el cuerpo, y así se suele llamar *cabeza* el principio de la cosa, como dice el Profeta (*Thr.*, 4): *In capite omnium platearum*. Y David dice (*Ps.*, 39): *In capite libri*. Comúnmente solemos decir: «La cabeza de la escritura es ésta o ésta.» La sacra Humanidad de Jesucristo nuestro Señor postrera fué en el ser real a muchos de los miembros que tuvo; mas también fué Cabeza de todos los que en Él creyeron desde el principio del mundo hasta la encarnación; los cuales, aunque en el ser real fueron primero que su Cabeza, mas en lo que toca a la gracia dícense postreros a Él (5); porque, según la ordenación de la Santísima Trinidad, antes que fuese criada y unida al Verbo era *causa meritoria*, por la cual se daba la gracia a los que antes de su encarnación la tenían. Y aunque la santa Humanidad no obrase acción real, porque entonces no tenía tal ser, bastaba que los hombres creyendo obrasen, y amando al que había de venir; y así fué primero en honra y dignidad, pues a todos se les dió la gracia por Él, según la divina ordenación.

También fué primero, según el tiempo que vió la

(4) *S. Th.*, 3 p. q. 5.

(5) *S. Th.*, p. 3, q. 19, a. 4.

divina esencia, y el primero que tuvo cuerpo glorificado. La cual bienaventuranza de cuerpo y de ánima es el fin a que se ordena ser Él Cabeza de los hombres. Y conforme a esta condición le llama San Pablo (Colos., 1) *el primogénito de los muertos*, porque el primero que gozó de resurrección de cuerpo glorioso, Él fué.

Tiene también condición de cabeza con miembros, porque es de una misma naturaleza con sus fieles: Él hombre, y ellos hombres. Y aunque con los ángeles no tenga esta unidad específica de naturaleza, mas por tener ánima, que es su vida espiritual, tiene conveniencia con ellos bastante para llamarse cabeza, aunque no tan propiamente como con los hombres. Y por falta de esta condición no se llama cabeza de hombres Padre, y Verbo y Espíritu Santo, aunque le excedan en ser principio suyo, y en influir en ellos todos los bienes que tienen. Porque como haya entre ellos diferencia infinita, pues las tales Personas tienen sabiduría increada y divina y los hombres creada, no hay suficiente conformidad, cual se requiere entre cabeza y sus miembros.

4.—Nuestros son los méritos de Cristo.

Tiene más Cristo otra condición para ser cabeza, que es influir bienes en sus fieles, no por vía de merecimiento *de congruo*, que estriba en sola la liberalidad del dador; mas por vía de mérito *de condigno* y firme ordenación del Señor. San Esteban alcanzó por su oración la conversión a San Pablo (Act., 7); y otros muchos Santos han hecho lo mismo, o alcanzado semejantes favores (6). Y como es cosa de pura liberalidad, halo concedido Dios unas veces, y otras lo ha negado, haciendo según su misericordia cuando oía sus ruegos, y no contra su justicia cuando no los admitía. Y esto declara el Señor muy expresamente, porque conviene que así lo sepamos. Cuando el Santo Moisés, movido con entrañas de caridad, y confortado con los muchos favores que Dios le hacía, se atrevió a decir aquella confiada palabra (Ex., 32): *O perdona a este pueblo, ó ráeme a mí del libro de la vida en que me escribiste*; grande osadía, y gran testimonio de su caridad! Mas

(6) S. Th. I, 2, q. 114, a. 6.

el Señor declaró a él y a todos, que este privilegio de aquella santidad y merecimiento de Uno, [que] se extendía a aprovechar a otros por vía de *justo merecimiento*, y de la palabra y ordenación de Dios, que según su ley ordinaria no le puede negar, ni decir de no a quien le rogare por otros; no es de Moisés, ni Abraham, Isaac y Jacob, ni de San Pedro, ni de San Pablo, ni de San Esteban, ni de la sagrada Virgen María, ni del Angel, ni de ninguno del cielo, sino de sólo Jesucristo, *en el cual puso el Padre las maldades de todos nosotros* (Is., 53), para que la santificación de Él se nos comunicase, y por sus merecimientos fuese dada la gracia a los que, según santa ordenación, estuviesen dispuestos para la recibir.

5.—Una persona mística con Cristo.

No tema nadie que lo que Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, pidió para otros, le haya sido o sea negado; según Él da testimonio diciendo (*Jn.*, 17): *Gracias te hago, Padre, porque siempre me oyes*. Ordenación de Dios es—¡y sea por ello su santo nombre bendito!—que los trabajos y santidad de su unigénito Hijo entren en provecho a los hombres, y como de verdadera cabeza, corran los bienes del Señor a nosotros, y en este caso haya unidad y compañía entre Él y nosotros, según dice San Pablo (1 *Cor.*, 1), que somos llamados *para la compañía de Jesucristo*. ¡Oh maravillosa merced! ¡Oh dignación tan digna de agradecimiento! ¡Oh *compañía* tan provechosa y tan honrosa entre Jesucristo y nosotros, que en los santos trabajos y merecimientos de Él sea participante la humana baja y pobreza!

Mas dinos, Señor, por esta misericordia con que a tu Hijo nos das para enriquecernos con su compañía, y perdonarnos con su Pasión; este influir de bienes de Él en nosotros, ¿a qué lo compararemos para que bien lo entendamos?

Puede ser uno tan privado de un rey, o hacerle tales servicios, que por palabra que haya el rey dado, o ley que haya hecho, no sólo haga bien a quien le sirvió, mas también a los criados de aquel buen servidor. Puede también tener hecha ley de, por los servicios de uno, hacer bien a los que son sus parientes; puede subir más adelante, y hacer bien a sus hijos,

y hacer bien a su mujer. Grandes son todas estas uniones, y cualquiera de estas personas gana con tal compañía, aunque unas excedan a otras.

Mas, Señor, ¿con qué palabras engrandeceremos tu don? ¿Con qué lengua te alabaremos? ¿Con qué peso podremos pesar la grandeza de tu virtud, y la unión de la *compañía* que has hecho entre Jesucristo tu Hijo bendito, y entre aquellos dichosos que participan de Él? ¿Señor, participan como criados, como parientes, como hijos, o como esposa? A ser así, mucho es. Mas como tú eres inefable en Ti, son también inefables las obras de tu misericordia, mirando las cuales, y atónito de no las poder comprender, dijo David (Ps., 39, 6): *No hay quien sea a Ti semejable en tus misericordias*. No se ha contentado tu misericordia con que gocemos de tu Hijo como sus parientes, criados, hermanos, hijos y esposa, que todo esto nos ha concedido; mas sobrepujando unas misericordias con otras mayores, nos ha levantado a tanta dignidad, que seamos hechos cuerpo de Él, una misma persona con Él, y que el bien que Él influye lo influya en sus miembros: y, para decirlo en una palabra, lo influya en Sí mismo, pues cabeza y cuerpo una misma persona son.

¿Quién callará, Señor, tus alabanzas? ¿Quién te dejará de honrar y estimar sobre todas las cosas, honrándonos Tú tanto, que *levantes del polvo y estiércol al pobre, y lo coloques, no sólo con los Príncipes de tu pueblo* (Ps., 112), mas con el Príncipe de los Príncipes Jesucristo, apegádoselo por vivo miembro suyo para que Él lo mantenga, y lo honras como a tal? ¿Quién no dirá aquí, mirando la grandeza de tal beneficio, que excede toda nuestra capacidad, lo que Nicodemos dijo al Señor (Jn., 3): *¿Cómo pueden ser hechas aquestas cosas?* Él no lo alcanza, y por eso se admira de cómo un hombre torna a nacer para ser hombre; y nosotros nos admiramos y con más justa razón, cómo puede un hombre renacer y meterse en el cuerpo de Jesucristo para ser miembro vivo de Él. Aquí bien viene lo que San Juan Crisóstomo dice, que son tan grandes las mercedes que Dios hizo a los hombres, que uno de los grandes trabajos de los Apóstoles fué persuadir que la flaqueza de los hombres creyese la grandeza de tales misericordias. Y cierto, será menester que, como San Pablo cuando hablaba de alguna merced señalada de Dios, apercibía a los oyentes para que la creyesen, diciendo (1 Tim., 1): *Fiel* (o verda-

dera) es esta palabra que os digo: así, pues que nos dicen tan alta palabra: *Vosotros sois Cuerpo de Jesucristo*, es menester que nos esfuerce con sus palabras y oraciones, para que nuestra flaqueza no falte en creer que los hombres pueden pasar de sí en Cristo.

6.—La Comunión nos incorpora a Cristo.

¿Qué prueba os daremos de aquesto?

Acordaos que estamos en la fiesta de las maravillas, y grandes maravillas, de Dios; y que es fiesta del Cuerpo del Señor, en la cual unas maravillas dan testimonio de otras. Este es el misterio, que celebramos de nuestra salvación y remedio: que no sólo somos hechos salvos por Cristo, mas en el mismo Cristo; uniéndonos consigo con unión tan íntima, dulcísima y alta, que pone en admiración a los ángeles, pues llega a tanto que los hombres sean hechos con Cristo un hombre, una persona, como San Agustín y San Gregorio lo dicen; y un Esposo, y una esposa; y un cuerpo y una Cabeza; y para que digamos en una palabra la grandeza de la bondad divinal que con los suyos usa, súbelos a tanta honra, que no solamente se llaman cristianos, mas se llaman *Cristo*.

El cual nombre, tan lleno de soberana honra, no sólo compete a todos los miembros vivos de la Iglesia Católica, mas aun a cada miembro por sí. En la Iglesia, diversidad de oficios hay que competen a unos y a otros no. Apóstoles hay, doctores hay, profetas hay, y sacerdotes; mas no a todos convienen estos nombres ni oficios. Mas la honra de llamarse *Cristo* no conviene a éstos solos; mas si un hombre pobre, de vil linaje, esclavo, y si otra cosa más baja se puede pensar, recibiere en buen estado aquel sacratísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, es levantado de su bajeza, y a trueco del nombre que antes tenía, es hermoñado y honrado con nombre de *Jesucristo*. «Hagamos gracias a Dios, hermanos—dice San Agustín—, que no sólo somos hechos cristianos, mas *el mismo Cristo*.» Y la glosa (7), sobre el capítulo duodécimo de la epístola a los Corintios, dice: «Por la inefable unión que hay entre los miembros y la cabeza, no solamente somos lla-

(7) La glosa ordinaria.

mados cristianos, mas el mismo Cristo; así los mayores como los menores, son llamados *Cristo*.»

¡Oh soberano Señor! ¿Qué es esto que oyen nuestras orejas? Si David, metido en la consideración de lo mucho que Dios puede, atónito y espantado, dice (Ps., 105, 2): *¿Quién hablará los poderios de Dios, y dará a entender sus alabanzas?*; si estuviera en nuestra fiesta, y le metieran, con la Esposa (*Cant.*, 1, 3) *en la bodega del inefable amor* con que Dios nos ama, cuánto más saliera de sí, y bailando con su ánima, exclamara diciendo: «¿Quién hablará la caridad de Dios con los hombres, y dará a entender las alabanzas que por ella le son debidas?» ¿Quién podrá hablar como es razón de esta honra que Dios da a los suyos que bien lo reciben, juntándolos consigo y poniéndoles su nombre?

Y pues que esta unión es *inefable*, como dijo la glosa (y es inefable, porque el amor con que Cristo lo hace no puede ser conocido cuán grande es, como dice San Pablo) (*Eph.*, 3, 8), ¿qué maravilla que de amor inefable nos venga bien inefable? ¿Y qué maravilla que lo que no se puede comprender con el entendimiento no se pueda hablar con la lengua, pues aun las cosas que bien sentimos no las podemos declarar con la lengua tan presto ni tan bien como las entendemos?

Alabada sea tu bondad, Señor; ensalzado sea tu amor, que tantos bienes nos vienen de él, que son mayores que podemos hablar ni podemos entender.

7.—*La Comunión nos convierte en Cristo.*

¡Oh bocado divino, que ahí estás encerrado! ¡Cuán sobre todo nuestro merecimiento, conocimiento y deseo, nos mantienes y nos ensalzas, convirtiéndonos en ti y haciéndonos uno contigo! ¡Cuán verdaderamente cumples lo que Job (31, 17) dijo: *Si comí mi bocado de pan a solas, y no di parte de ello al huérfano, esto y esto me venga. El bocado de pan* que fué dado a la sacra humanidad de Jesucristo nuestro Señor, fué *el Verbo divino*, para que uniese consigo aquella sacratísima ánima y cuerpo en unidad de Persona tan de verdad, que fuese llamado aquel hombre verdadero Hijo de Dios, no adoptivo como los ángeles y como los santos, mas Hijo por naturaleza, y Dios verdadero. Y con-

forme a este altísimo nombre sobre todo nombre (*Phil.*, 2, 9) le fué dada la gracia, poderío, y sabiduría, y otros muchos dones, cuales convenía a humanidad sublimada en alteza de Persona de Dios (8). *Vimos*—dice San Juan (1, 4)—*la gloria de Él, gloria cual convenía a Hijo unigénito, engendrado del Padre*. Bien pudiera Jesucristo nuestro Señor quedarse con su honra y con sus riquezas a solas, y decir como el rico avariento (*Lc.*, 12, 19): *Anima mía, muchos bienes tienes para muchos años; come, y bebe y descansa*. Mas no le supo bien comer a solas del bocado honroso y provechoso, y deleitoso que le fué dado, sin que también fuese el *huérfano*—que es el género humano—convidado por Él, y participase de tan excelente manjar. La causa de esto es lo que luego se sigue: *Porque desde mi principio creció conmigo mi misericordia, y del vientre de mi madre salió conmigo*. Estas entrañas tan piadosas, más de lo que se puede decir, constriñeron a Jesucristo nuestro Señor de no contentarse de comer su bocado a solas, mas de ponerlo debajo de accidentes de pan, para que comiéndolo dignamente, gocemos de lo que comió (*Jn.*, 6, 58): *Como el Padre que vive, me envió, y Yo vivo por el Padre, así que el que me come a Mí, vivirá por Mí*. Enviar el Padre al Hijo, es hacerlo encarnar; y por la encarnación, aquella sacratísima ánima, levantada a tener Persona de Dios, vive vida de gracia, por el Espíritu Santo, que, como dice San Juan (3, 34), le fué dado *sobre toda medida*. Y a semejanza de esta santa *misión* o encarnación, hace nuestro Señor con los que bien le reciben, levantándolos a tanta honra, que según hemos dicho, se llamen un hombre, una persona, y una esposa, y un Cristo con Él.

8.—Comunicación de nombres entre Cristo y nosotros.

¿Quién osara pedir tal honra, ni aun desearla? ¿Quién dijera que de la sagrada Comunión se sacaba tal honra y provecho? Es unida la humanidad de Cristo con el Verbo divino; y el hombre es Dios, y Dios es hombre; y del hombre decimos que crió el cielo y la tierra; y de Dios decimos que fué crucificado, muerto y sepultado. Porque aunque las naturalezas, una

(8) Véase el Tratado 1.º, del Amor de Dios.

divina y otra humana, sean muy diferentes, y miradas en sí, tengan diferentes operaciones y les convengan diversos nombres, mas porque la Persona es una, la voz es una, y se dice del hombre lo que le conviene según Dios, y se dice de Dios lo que le conviene según hombre (9).

Y a semejanza de esto, la Humanidad sagrada de Cristo está unida con el Verbo, y este Verbo humanado se abaja a que le recibamos, para que por este recibimiento seamos levantados a ser una persona y un Cristo místico con Él, de manera que Él tome nuestra naturaleza, y nosotros tomemos la suya.

¿Quién dirá cuánto se humilló el Verbo de Dios cuando descendió de los cielos, y juntó consigo la sagrada Humanidad? Mas no se contentó con esto, como dice San Agustín, con tomar de esta manera nuestra pobreza, mas añadiendo pobreza sobre pobreza quiso Él, siendo Dios y Hombre, abajarse a unirnos consigo en unidad de *persona mística*.

¡Oh baja, causada de alteza de amor excesivo, pues se abajó a tomar naturaleza de malhechores para pagar los pecados de ellos, como si tú, Señor, los hubieras hecho! Y llegó a tanto el disimular tu honra, y vestirse de nuestra deshonra, que diga San Pablo (2 Cor., 5) que *no sabiendo tú por experiencia qué cosa era pecado*, el Padre *te hizo pecado* en el nombre, que tan lejos convenía estar de Ti, cuan lejos estaba la obra, como de ello dió testimonio Isaias (52) diciendo, aun antes, Señor, que vinieses al mundo, que *no hiciste pecado, ni fué hallado engaño en tu boca* (1 Petr., 2). *Pecado* fuiste llamado y *maldición*, porque saliste por fiador de pecadores y malditos. Y así como el Verbo divino se abaja a ser llamado pasible, mortal, sepultado, y otras cosas muy lejos de Él mirándose a Él, y convenientes a Él porque se abajó a ser hombre: así, Señor, aunque estos tales defectos culpables sean muy ajenos de Ti mirándote a Ti, mas pues te quisiste abajar a unir contigo a los hombres, no es mucho que se digan de Ti los nombres que a ellos convienen. Y pues quisiste que la carne sea una, no es cosa injusta que la voz sea una. Honrado eres Tú, Señor, en Ti; mas tu amor te hizo amar a los deshonrados y pegámoste los nombres de nuestra deshonra.

(9) Esta frase aparece truncada, y destruído el sentido en las ediciones modernas.

TRAT. 21.—UNA PERSONA MÍSTICA CON CRISTO

Y de ahí viene que Tú, tan lejos y apartado de los pecadores en lo que toca al pecar, cuanto está el cielo distante de la tierra, tomas la causa de ellos tan por tuya, que llames nuestros pecados tuyos. Voz tuya es, Señor (Ps., 21): *Lejos están de mi salud las palabras de mis pecados*. Voz tuya es (Ps., 37, 4): *No tienen paz mis huesos delante de la faz de mis pecados*. Y también es voz tuya, que hablas al Padre (Ps., 40): *Sana mi ánima, porque pequé a Ti*. ¿Quién no sale de sí oyendo estas cosas decir a la boca de Cristo: *Pequé a Ti... y: delante la faz de mis pecados...?* ¿Quién de sus hijos no reventará de dolor, porque por nuestros pecados fuimos causa que el Señor dijese palabras de tanta deshonra, y pagase por nosotros tan grandes tormentos? Llama el fiador deuda *suya*, no la que él hizo, sino aquella cuya obligación tomó sobre sí. Llama un monasterio deuda *suya* la que hizo su monje. Y dice la cabeza, por muy sana que esté: «Enfermo estoy», porque una mano o un pie estén enfermos. Y así Cristo llama *suyos* nuestros pecados en los pagar, siendo más ajenos en el comerlos, que está distante la suma alteza del cielo, de la más baja parte que hay en la tierra. Y por esta inefable caridad y humildad con que *se abajó* a tomar persona y lugar de pecadores, *hasta morir muerte de cruz*, son levantados los que de esto se quieren aprovechar a tanta alteza de honra, que tengan la persona de Él, y sean llamados *Cristo*.

¡Oh maravillosa baja del *Verbo divino* hasta hacer Hombre divino, que fué causa que aquella sacra Humanidad fuese ensalzada a tener Persona de Dios! ¡Oh admirable baja, y en alguna manera mayor, abajarse *Dios humanado* a unirse y tomar persona de los pecadores! Porque aunque abajarse el Verbo divino a hacerse hombre es la mayor que puede ser ni pensarse, pues hay distancia infinita desde Él, que es Dios, hasta ella que es criatura, mas es criatura santa y santísima, limpia de todo pecado, y que tiene más abundancia de gracia y de gloria, que los más altos serafines del cielo. Mas nosotros, con quien el Verbo divino se quiso unir, y en cuyo lugar se quiso poner, somos vilísimos pecadores desde nuestro nacimiento con otros muchos pecados que por nuestra voluntad hemos cometido. Y en pago de esta humildad profunda, fué concedido a los hombres tanta honra, tanta alteza, que fuesen incorporados en Cristo y gozasen

de sus bienes y representasen su persona (10). El abatimiento suyo fué en su sagrada Pasión: el levantamiento nuestro en la sagrada Comunión. De aquella hiel que Él gustó viene esta dulcísima miel que nosotros gustamos cuando comulgamos; y su hambre de allí nos harta aquí; sus heridas nos sanan; desnudo estuvo, y aquí nos viste; sed hubo, y aquí nos embriaga; y de aquella piedra, más dura para recibir bofetadas y golpes por nuestro amor que un diamante, nos harta el Señor con esta dulcísima miel, que hace dulces y enternece nuestros corazones, por duros que estén.

Quien esto considerare, verá suelta aquella cuestión que Sansón propuso a los filisteos (*Judic*, 14, 14):

Del que come salió el manjar—y del fuerte, la miel;
y verá cuánta razón tuvo Sansón de decir:

Si no arárades en mi becerrilla, no supierades soltar mi pregunta (l. c., 18).

Misterios tan grandes como estar Cristo puesto en la cruz representando persona de pecadores, y pagando por ellos, y que de aquella extremada bajeza saliese para nosotros tanta honra, que fuésemos admitidos a recibir en nuestro pecho a Él mismo en persona, y que, haciéndose esto como se debe hacer, seamos convertidos espiritualmente en la persona de Él, y gocemos de sus dones, y seamos llamados Cristo, no lo pudo hacer otro que Dios, ni lo sabrá sino quien creyere a la Iglesia. Cristo es llamado *pecado* (2 *Cor.*, 5, 21) y *maldición* (*Gal.*, 3, 12), y nosotros—como dice San Pablo (1 *Cor.*, 1, 30)—somos llamados *justicia de Dios en Él*. ¡Truco admirable! Y así, es inefable la baja que dió, y es inefable la alteza nuestra. Trocamos personas; hicimos una *compañía*, en que nosotros le dimos nuestras grandes deudas, y Él nos hizo participantes en su muy mayor paga

9.—¡Oh inestimable amor de caridad!

Y aunque, según hemos dicho, es inefable esta unión, no podemos—para gloria del mismo Señor, que tanto nos amó. que nos quiso juntar consigo, y para consolación de los hombres que quieren gozar de esta

(10) *Chrisost. Homil. 45 in 50 Cyrill. Hierosol. Ca-tech., 4.*

unión—dejar de decir algo de ella, aunque será mucho más lo que quedará, que lo que se dice.

No le faltaba a la sabiduría de Dios otro modo, y otros mil modos para remediar nuestros males; mas las entrañas de su caridad, entre todos, eligieron éste, más honroso para los hombres, y de mayor confusión para los demonios, y que más declarase la sabiduría y poder, y especialmente su amor con nosotros. Miserable y deshonrada cosa era el género humano, y en tan poco precio estimado del que Dios puso por cabeza de él [Adán], que por precio de una manzana entregó a todo el mundo a la muerte, al pecado y al demonio, y le hizo perder muy grandes bienes. Y a éstos tan despreciados de su propio padre, precióslos tanto el que los crió, aunque ellos le habían ofendido a Él, que se determinó en el Consejo de la santísima Trinidad, que una de las divinas Personas, que es el Hijo de Dios, tomase carne humana, y rescatase a los hombres de su miserable cautiverio, y les volviese los bienes perdidos; y esto no por cualquier medio, sino pagando Él con graves dolores y muerte los pecados de ellos, y comprándoles los bienes perdidos con precio de su misma vida. «¡Oh inestimable amor de caridad—dice San Gregorio—que por redimir el siervo entregaste al Hijo a la muerte!» Y el Apóstol dice (*Rom.*, 8), hablando del Padre eterno: *No perdonó a su propio Hijo; quiere decir, no lo dejó de poner en trabajos y muerte, mas entrególo por todos nosotros.*

Admirables son los bienes que Cristo nos ganó; mas muy admirable es el medio con que los ganó, pues Él se dió en precio de ellos; que por mucho que ellos valgan, Él vale más. Dulce manjar comemos cuando nuestra ánima recibe perdón de pecados, y la gracia y dones de Dios; mas cuando consideramos que para gozar de aquellos bienes nos amó Cristo *hasta la muerte, y muerte de cruz*, hinchese nuestra ánima de una dulcedumbre tan grande, que nos acaece como a San Agustín, que no se hartaba de considerar la alteza del consejo de Dios sobre la redención del género humano; el cual fuépreciado de Dios, pues fué Dios su precio; y fué lleno de honra, porque como fué hombre el que fué vencido, y cayó, y causa de la perdición de los hombres, también fué hombre el que venció, y los rescató, y remedió (11). *Por hombre—dice*

(11) San León, *Serm. de Passione.*

San Pablo (1 Cor., 15, 21)—*vino la muerte, y por hombre la redención de los muertos. Y en otra parte dice (Rom., 5, 19): Como por la inobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores; así por la obediencia de otro hombre muchos son constituidos justos.*

Y esta honra del género humano, de tener Redentor que sea uno de ellos, resultó en confusión de la soberbia del demonio, pues que uno del linaje del vencido por él, y más bajo en naturaleza que él, lo venza y destruya, y le saque la presa de entre sus manos (12). Grande gloria fué ésta de Dios, y muy ilustre parécese su perfección y bondad, pues *amó tanto al mundo, que diese su unigénito Hijo (Jn., 3)* para remedio de él, y que lo entregase a muerte, para que los pecadores fuesen justificados, y los enemigos reconciliados, y los que estaban desheredados del cielo, recobrasen la herencia perdida. ¿Quién dirá que estos beneficios pueden crecer, ni que hay más amor que enseñar a los hombres, ni que hay más que pedir ni desear?

¡Alabada sea tu bondad, Señor, que no tiene término! *Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién hay semejable a Ti?*—dice David (Ps., 34)—, y aunque en todas tus obras excedes a todos; mas particularmente *en tus pensamientos* amorosos para conmigo, *no hay semejable a Ti* Todo esto hiciste, Señor, por nuestro remedio en señal de tu grande amor; mas como es tu bondad infinita, *aun está tu mano extendida* para hacer otros bienes admirables, de pensar dulcísimos, y llenos de honra y de provecho para nosotros.

10.—*En Cristo Jesús.*

El misterio de que somos redimidos por Cristo, y el desprecio de nuestra bajeza celébrase en el Adviento, y celébrase en la Semana Santa, que se trata de la Pasión, y en otras fiestas particulares. Mas el dichoso misterio, que celebramos en estos días, del Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor debajo de accidentes de pan y de vino, muy diferente es del otro,

(12) San León, *Serm. 1 de Nativ.*

y que añade miel sobre miel, honra sobre honra, y amor sobre amor. Acullá celebramos que somos hechos salvos *por Cristo* y aquí que somos hechos salvos *en Él*. Allí, que Dios se abajó a hacerse hombre y morir por los hombres; aquí, que el hombre es levantado a ser unido con el Verbo encarnado que murió por los hombres.

Y para que esto se entienda mejor, es de notar que, como dice San Pablo (*Gal.*, 3, 16), *la herencia que fué prometida a la simiente de Abraham*—que significa la gloria del cielo, y significa el espíritu, con su gracia y dones, y todo aquello que es necesario de favor para el hombre salvarse—estos bienes de gracia y de gloria, fueron prometidos a Jesucristo nuestro Señor, el cual es *simiente de Abraham*, y como dice San Pablo, *no en muchos, sino en uno*, que es Jesucristo nuestro Señor. De manera que ni se da la gracia, ni se da la gloria sino a Jesucristo. Y según esto, dijo el mismo Señor (*Jn.*, 3): *Ninguno sube al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo de la Virgen, que está en el cielo*; y como dice San Agustín, que. «como Cristo sólo descendió del cielo, sólo Cristo sube al cielo». Y conforme a esta sentencia dice San Mateo (3, 16) que siendo Cristo bautizado *le fueron abiertos los cielos*.

Según esto, dice el Señor (*Jn.*, 8, 35): *El siervo no permanece en la casa de su señor para siempre. Y si este Hijo es Cristo, y Él sólo sube al cielo, y Él sólo permanece para siempre en él, como simiente de Abraham, a quien fué prometida esta herencia, ¿qué esperanza nos queda a los miserables hijos de Eva de gozar de estos bienes, pues no somos Cristo?*

La respuesta es, que los hombres están excluidos de la gracia y de la gloria mirados *en sí mismos*, y en ninguna manera son de ello capaces; mas si se juntan con Cristo, por ser cosa de él, recibirán la gracia y la gloria, si por ellos no queda. Lo cual maravillosamente dió San Pablo a entender cuando dijo (*Gal.*, 3, 16): *No a simientes como en muchos, mas a simiente como en uno*; como quien dice, que la gracia y la gloria no se niega *a los muchos*; mas *estos muchos* no han de estar *en sí mismos*, sino *en uno*, el cual es Cristo; y esta ha de ser la esperanza de los que se quieren salvar, que, como dice el mismo San Pablo, sean de Cristo, y así serán *simiente de Abraham*, y herederos según la promesa.

Mas aunque dice que somos de Cristo, no dice en qué grado puede ser uno de Cristo. En grado de siervo, puede ser casa suya, puede ser vestidura suya; y subiendo más, puede ser pariente, y hermano, y esposa; y sobre todo, aun hay otro grado de unión, por el cual llega el hombre a ser hecho, como declararemos, no sólo cristiano, mas aun Cristo. Y de esta manera le convendrá el ser *simiente de Abraham* y heredero del cielo.

Y porque mejor esto se entienda, pongamos este ejemplo. Unos *vasallos* de un rey le hicieron una traición digna de muerte; y queriendo el rey castigarlos como merecían, púsose en medio el hijo del mismo rey, y con grande amor y compasión de aquellos vasallos, ofrecióse a morir por ellos, suplicando a su padre que aceptase este truco, y que siendo él castigado por ellos, ellos no lo fuesen, sino que les tornase su gracia que antes tenían, cumpliendo ellos las ordenaciones que el hijo pusiese para gozar de esta su redención. El rey fué de tanta bondad, que por hacer bien a sus enemigos y no condenarlos, aceptó el amoroso ofrecimiento del hijo; el cual muere como lo prometió, y quedan los vasallos, que las dichas ordenanzas guardaron, perdonados de su traición, y recobrada la gracia perdida, con la cual van a pedir al rey lo que han menester y son favorecidos de él; y el mismo hijo que les ganó esta gracia perdida, ruega a su padre que les haga mercedes, y solicita los negocios de ellos.

Y lo que hemos dicho de *vasallos*, podemos también entender de *hijos adoptivos* que tuviese este rey, y que mereciesen muerte por la traición que hubiesen cometido, y que el hijo legítimo, y engendrado de la substancia del padre, les alcanzase con su muerte el perdón y la gracia que antes tenían.

Estos tales, redimidos se llamarán por el hijo, y la gracia del rey alcanzarán por él: unos gracia de *vasallos*, otros gracia de *hijos adoptivos*, según primero la poseían, y por unos y otros ruega el hijo natural, y les alcanza mercedes, aunque ellos tienen su valor delante del rey, y los servicios que le hacen le son agradables a él, y merecen que se les galardone como servicios de *vasallos* o de *hijos adoptivos* del rey.

Si Dios ordenara de esta manera nuestro remedio, bastante nos fuera, pues lo quería Él, y diéramosle gracias, porque nos remedió por su Hijo, y por sus

merecimientos nos tornó la gracia de hijos adoptivos, y méritos de nuestras buenas obras, que habíamos perdido en Adán; y fuéramos a pedir mercedes a Dios con nombre y valor de *hijos adoptivos*; y sobre esto se nos añadiera que el Hijo natural de Dios, Jesucristo nuestro Señor, rogara por nosotros.

Mas no es éste sólo el beneficio que Dios nos hizo, y de esta manera; porque a ninguno da perdón de pecados, ni la gracia perdida, ni valor de merecimiento a sus obras, ni es oída su oración, ni es mirado con los ojos de Dios, ni tiene parte en el corazón de Dios, ni en su gloria, por título de ser hijo adoptivo del rey, como distinto del (13) natural, ni por otro, chico ni grande, que suene propia dignidad o gracia, si no es de Cristo y por Él. Determinóse Dios de no querer a nadie, ni darle su gracia, ni gloria, sino al hombre que viere unido con Jesucristo su Hijo; y que lo que le diere se lo da porque lo ve unido con Jesucristo e incorporado con Él. Y el Hijo, si gana perdón de pecados, si gana gracia, si gana gloria, no la gana como para extraños, sino gánala como para Sí mismo; y cuando ruega por éstos, ruega Cristo como por Sí mismo. La cual sentencia declara el Señor orando a su Padre, y diciendo (*Jn.*, 17): *Quiero, Padre, que el amor con que me amaste esté en ellos, y Yo en ellos.* Que quiere decir que aquel amor con que el Padre amó a Jesucristo, pase a aquellos que están unidos con Él; de manera que el amar a Él, será amar a ellos, y amar a ellos, será amar a Él, por ser uno ellos y Él. Y así aquello que el mismo Señor un poco antes había dicho: *Yo me santifico, Padre, por ellos, para que ellos sean santificados en la verdad*; quiere decir, según San Agustín, que éstos por quien *me santifico*, soy Yo; y santificarme por ellos es santificarme a Mí por ellos; que Yo soy tu Verdad, en la cual ellos son santificados.

Misterio grande, unión inefable, honra sobre todo merecimiento, que el hombre y Cristo sean un Cristo, y que salvar Cristo al hombre y rogar por él, sea salvarse a Sí mismo y rogar por Sí mismo. ¿Quién podrá creer tan grande alteza de honra con que el hombre es honrado, si no mira primero la grande bajeza y deshonra con que Dios humanado fué deshonorado por el hombre? Y de aquello profundo nace esto

alto; y de ponerse Cristo en la bajeza del hombre nace ser levantado el hombre a la alteza de Cristo. Aquí es menester decir lo que San Pablo decía cuando hablaba de algún grande misterio, para que le creyesen (1 Tim., 1): *Fidelis sermo, et omni acceptione dignus.*

*Vive, ánima mía, en perpetuo agradecimiento y haci-
miento de gracias a tal Señor, y tan grande amador de
los hombres.*

TRATADO 22

LA EUCARISTÍA, DULCE REMEDIO DEL ALMA.

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus.

Aparejaste, Dios, en tu dulzura para el pobre.

(*Psalm. 67, 11.*)

1.—Introducción.

Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de coelis, et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine, et homo factus est (1). «Por amor de nosotros descendió de los cielos, y encarnó por Espíritu Santo de Santa María Virgen.» El negocio de juntarse Dios con el hombre es negocio del Espíritu Santo; no intervino obra de varón; como el pan que fué dado a los hijos de Israel en el desierto no fué sembrado ni cogido por mano de hombres; pues a proporción ha de ser lo figurado de la figura. Así como Jesucristo encarnó en el vientre de la Virgen, y no por obra de varón, como el pan que fué enviado del cielo y no sembrado por mano de hombre, así para hablar de este misterio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo es menester éñ gran manera la gracia y el saber de Dios; que si en alguna cosa sabe poco el hombre, en este tan alto Misterio es. Dice San Pablo (1 *Cor.*, 2): *Quae sunt Dei nemo cognovit, nisi Spiritus Dei.* Las cosas que son de Dios, no las sabe nadie sino el Espíritu de Dios; y si acá las saben, es porque las reveló. Los que tratamos el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, hemos menester mucho la gracia para bien tratarlo y para bien aprovecharnos; y los que oímos Misa, para bien la oír; y los que la decimos, para saberla decir; y los

(1) Símbolo romano.

que tenemos fe, para saberla tener; y los que hemos de hablar y oír, tenemos necesidad de la gracia del Espíritu Santo, que mueva nuestra lengua y despierte vuestras orejas. Y porque en el vientre de la Virgen fué amasado este pan, que así se llama, *el pan de la Virgen*, y pues que sabemos que no es avarienta en hacernos mercedes, que bien lo sabe repartir, supliquémosle que nos alcance gracia.

2.—*El misterio de Cristo.*

Parasti in dulcedine tua pauperi Deus. Estas palabras son en hacimiento de gracias de este bienaventurado y sacro Misterio que gozamos y entre manos tenemos, del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Dicen en romance: «Aparejaste, Señor; aparejaste, Dios, en tu dulzura al pobre.»

Cuando el pecho está muy lleno de afición, háblanse las palabras sin orden y concierto de compostura. Tómame los Cantares (2). Así me parece esto aquí: *Aparejaste, Dios.*

¿Qué aparejó?

Allá os lo habéis vos y Dios, David; parece que allá os lo dijeron, ¿y paréceos que todos lo entienden?

No es tan fácil la respuesta como la pregunta. ¿Qué nos aparejó en este manjar? ¿Qué bienes nos dió aquí?

Sobre esto viene el *Manhú* (*Ex.*, 16, 15), que preguntaron los hijos de Israel: *¿Qué es esto?* ¿Qué es esto que nos ha aparejado Dios, que tanto caso hace de ello el Profeta David?

Poco ha que se puede responder; [esto es], desde que Cristo nuestro Señor instituyó este Santísimo Sacramento; que si antes lo preguntaran, ¿quién supiera responder? Este es uno de los misterios muy escondidos de Cristo, y es tan profundo y escondido, que dice San Pablo que [ni] los ángeles ni los arcángeles no lo supieron, sino cuando lo vieron obrado (*Colos.*, 1). Pequeña respuesta es decir: ¿Qué es esto que aparejó Dios? ¿Qué es esto que ha ordenado? Habíamos menester una lengua de Dios para saber responder. Dice San Pablo (*Ephes.*, 3, 8): *A mí, el más pequeño de los Santos, me fué dada esta gracia, y me fué he-*

(2) Prueba de ello es el *Libro de los Cantares*.

cha esta merced, *que mi lengua predique*, que sea pregonera de *us riquezas investigabies de Dios. Hame necno esta merced*, ¡y tal es ella, y no pequeña!, de predicar yo, y de declarar al mundo, que sea *dispensador de los misterios* y sacramentos de Dios, para que amen y conozcan los hombres a Dios, y conozcan sus secretos escondidos, porque este Misterio nace en la *dispensación de los siglos*.

Sobre toda ciencia es y naturaleza, y sobre todo entendimiento; que aunque uno viese toda la orden y naturaleza de las criaturas, no vería este Misterio, porque es más alto que todo ello. Es sobre todas las criaturas, y tan escondido, que quiso que aprendan y sean enseñados los ángeles, y les sea notorio lo mucho que sabe Dios hacer; y esto lo aprendan de la Iglesia. Misterio es grande de Dios que sean los ángeles enseñados, que sean discípulos de los hombres: *Multiformis gratia* (3) *Dei*. Séales notorio lo que aquí se sabe: el saber y la *sabiduría de Dios*, que es en sí una, y en los efectos *de muchas maneras*. ¿Que saben los ángeles este misterio de los hombres? ¿cómo no se admiran los hombres? ¡Discípulos son los ángeles de nuestra Doctrina [y de] nuestra Iglesia! Y ándalo mirando y remirando; y mil veces nos llaman bienaventurados, porque fuimos dignos de tratar con nuestras manos, y mirar con nuestros ojos este Misterio. Miranse unos a otros: *¿Cómo es esto?*

3.—*La Comunión, remedio de todos tus males.*

Mirad si la pregunta es razonable: *¿Qué ha aparejado Dios?*

Responda el que lo pregunta: *Parasti in conspectu meo mensam* (Ps., 22, 5). Del abismo llama al abismo. *¿Queréis saber qué? Aparejaste en mi acatamiento una mesa contra los que me atribulan.* ¿No más? ¡Bendito sea quien tanto pudo y supo, y tanto bien nos quiso hacer!

Cuando tú alzas los ojos y ves en el altar, que es *la mesa*, el Cuerpo sacratísimo de Jesucristo, ¿qué habías de hacer? ¡Qué darle gracias! ¡Qué esfuerzo habías de tomar contra todos los vicios! ¡Qué fuego ha-

(3) *Gratia*; el apóstol dice *sapientia*, y así lo traduce Avila.

bía de arder en tus entrañas! Y aunque tuvieses un pie en los infiernos, habías de cobrar fuerzas; y aunque vinieses helado y muerto de frío, te habías de abrasar en amor. Que este santo Sacramento es figurado, según dice Damasceno, por el *carbón encendido* que tomó el ángel del altar, y lo puso en los labios de Isaías (6. 6), con el cual fué limpio. Cuando está el fuego presente huye el frío, y cuando el buen cristiano está presente al Cuerpo y Sangre de Jesucristo, habían de saltar centellas de amor de su corazón, por frío que estuviese. *Caro ignita, caro Christi*. ¿No lo dijeron los discípulos cuando iban al castillo de Emaús? (Lc., 24, 32): *Nonne ardens erat cor nostrum?* ¿Por ventura no era nuestro corazón encendido, en tanto que nos hablaba por el camino? ¿No nos ardía el corazón con fuego de amor oyéndole lo que de las Escrituras nos declaraba?

Pones eos ut clibanum ignis (Ps., 20, 10). En el día del juicio ha de haber *un horno de fuego* que quemó a los malos. Antes que venga aquél, hay acá otro *horno de buen fuego* que quema los corazones de los buenos, los purifica y limpia de los pecados. Y quien quisiere escapar de aquél, arda en este otro; que cosa averiguada es que quien viene tibio y frío, si se llega con reverencia a este Santísimo Sacramento, le saltan centellas de fuego, y va encendido; y cuando viene a la Iglesia a recibirlo, se quema en vivo fuego de devoción. ¿Qué habías de sentir, cristiano, cuando lo vieses puesto en el altar por ti?

Aparejásteme, Señor, mesa contra todos los que me atribulan.

—Decid: ¿tenéis mucho que sentir? ¿Habéis ofendido a Dios? ¿Qué decís, David?

—Que no haya ya queja en ti, ni mal, ni desmayo. ni miseria, que no sea bastante el pan de esta *mesa que te aparejó Dios* para te lo remediar. No puedes estar tan enfermo, que no vayas sano. No tienes tú tantos pecados, cuanto remedio hallarás en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Allí hallarás fuerza contra tus desmayos, y perdón de tus pecados. Si fueres tentado, afligido, triste y desconsolado, allí hallarás medicina y verdadera salud de todos sus trabajos y enfermedades; finalmente, no habrá en ti tanto mal, cuanto bien allí hallarás; y por eso dice muy bien el Profeta: *Contra todos los que me atribulan.*